EN EL FRENTE

ra dan unas cuantas vueltas alrededor de nuestro campamento y después de descender un poco, dejan caer unas cuantas bombas. Recuento de bajas: Cero. El teniente Ferrer, técnico militar de la columna, nos asegura una nueva visita para muy pronto. Se han dado cuenta de que no tenemos armas antiaéreas y tan pronto como recojan bombas, de las que se ve iban escasos, los tenemos aquí otra vez.

Decidimos aprovechar lo que puedan tardar, en cortarles la línea férrea. Inmediatamente sale un grupo que se presenta voluntario a ello y bajo un fuego graneado del enemigo lleva a cabo la operación.

Pronto vemos aparecer tres aviones con enseña negra a los que da escolta uno de caza. Entonces da principio una de esas escenas a cuya contemplación tan acostumbrados nos tienen los films de guerra. Sólo que con mucho más realismo que en el cine. Puedo asegurar que no había nada de ficticio. Dejaron caer, eligiendo a placer los lugares, de 30 a 40 bombas, aguacero que no tuvimos otro medio de soportar que tirándonos de cara al suelo y procurando pasar inadvertidos. Cuando ya creímos acabada la función, vino la granizada. Los aviones descendieron a poquísima distancia y las ametralladoras dejaron oír su tableteo que tenía un sonido bastante trágico. Nunca resulta agradable servir de blanco a uno de estos «cacharritos», pero cuando se trata de un combate en el que cuando menos queda el recurso de disparar, la impresión que la ametralladora pudiera producir, se olvida bajo el influjo del ardor que toda acción guerrera lleva consigo; pero cuando en un caso como el nuestro no se tienen medios de defensa, de verdad que resulta poco agradable el estar sirviendo de blanco viviente.

Dicen que después de la tempestad viene la calma, y debe de ser verdad por cuanto para nosotros vino tan pronto se marcharon aquellos cuervos fascistas.

Esperando oír que contestan a nuestra pregunta con una cifra elevada, interrogamos: ¿Cuántas bajas hay? Una tan sólo, nos contestan. Cierto, una tan sólo y de un compañero muy querido. Si nosotros creyésemos en deidades, tendríamos que atribuirlo a un milagro, ya que parece incomprensible hayan hecho una sola baja con el diluvio de plomo que se nos ha enviado. Así, pues, aun cuando una baja de los que con nosotros luchan siempre es muy sensible, tenemos que unir, junto al dolor de perderla, la alegría de haber salido con tanto bien de trance tan duro y al mismo tiempo de ver lo serenamente que nuestros bravos milicianos han soportado la prueba heroica a que se han visto sujetos, ya que ni un solo caso se dió de ese pánico loco que es capaz de impulsar un hombre a abandonar el puesto que se le ha confiado.

Ahora, manteniendo y fortificando lo conquistado vamos pasando los días en espera de que el alto mando dé la orden del total asalto a Belchite, que caerá sin ninguna clase de duda, en nuestras manos.

LA AGRADABLE ZAMBULLIDA DE LOS MILICIANOS EN EL AGUA

De un frente a otro

Retaguardia

Mientras que el auto cruza veloz pueblos, caseríos y campiñas, notamos, con la consiguiente alegría, que la producción sigue su curso acelerado. El campesino tiene conciencia de que también en la retaguardia se labora por la Revolución. Las mieses van siendo recogidas, y de tanto en tanto por la carretera dejamos atrás carretadas gigantescas.

En las eras redondas que rodean los pueblos se procede a la trilla. Abunda el procedimiento primitivo de trillar con cuadrúpedos, en interminable carrera circular. En los pueblos más prósperos son las trilladoras mecánicas las que van pulverizando y clasificando los grandes montones de mieses sin gran esfuerzo humano.

Al atardecer, rubios torbellinos envuelven los pueblos. Las horas trabajan, lanzando al espacio la dorada parva. El viento arrastra la paja ligera y molida y como una lluvia copiosa va cayendo verticalmente el grano.

En todos los pueblos de la retaguardia el trabajo sigue su ritmo universal y eterno. Como saben que este año no hay caciques ni acaparadores, los campesinos multiplican su esfuerzo como un tributo a la Revolución, que en esta hora severa y grandiosa es la culminación de la terrible batalla que está librándose entre un despotismo criminal y sangriento y la alborada de un nuevo mundo en que la justicia, el humanismo y la equidad sean la norma elevada del desenvolvimiento humano.

En el frente luchan encarnizadamente los hermanos, los hijos, los camaradas, y hay que ayudarles asegurando su abastecimiento y el de sus familiares. Además, saben también los campesinos que la clave del éxito de la formidable revolución que está realizándose es que el trabajo recobre su ritmo normal y la producción se incremente.

En Binefar, en Monzón y en otros pueblos que hemos visitado nos dijeron los camaradas:

—Aquí no hay fiestas ahora; ni las habrá hasta que el triunfo sea definitivo y total en todos los frentes.

Ramón Acín

Antes de entrar en Alcubierre, pueblo próximo a Tardienta, remolcamos un auto, que había sufrido una avería. El que lo conduce resulta ser el camarada Vizcasilla, escapado de Huesca cuando esta ciudad vivía las horas negras del fascismo.

Hablamos sobre la tragedia de aquellas horas. Nuestro diálogo íntimo resbala hacia el bueno de Acín, bárbaramente fusilado por los fascistas. El camarada Vizcasilla, para quien Acín era un hermano, evoca la vida noble y elevada del hombre de ciencia, del escritor y dibujante, y más que nada del hermano bueno y generoso, cuya vida íntegra fué consagrada al ideal que nos es querido y a la defensa de los oprimidos.

No podemos continuar. El camarada Vizcasilla se ha emocionado profundamente. Veo su rostro contraído por el dolor y unas lágrimas rebeldes, que intenta evitar, bañan sus ojos. Termina:

—No puedo recordar a Ramón con serenidad; no puedo. Le mataron como a un perro. A sus hijas y a su compañera las detuvieron. Se rumorea que a su compañera la han fusilado. Todo lo espero de esa canalla. Yo pudo escapar momentos antes de que me fusilaran. Voy a Huesca. Quiero vengar su muerte —nos dice crispando los puños.

En las avanzadas

Llegamos a Barbastro, donde saludamos a viejos conocidos, alejados antes de ellos por nuestras divergentes apreciaciones tácticas y hoy hermanados por una lucha contra enemigos comunes. Hay gran animación. Sin preguntarlo, presagiamos operaciones decisivas. Más tarde nos lo confirman.

Enfilamos a Tardienta, pasando antes por Sariñena. Es la mañana del domingo. Los cañones hacen oír su eco enorme y bronco. Nuestra artillería y nuestra aviación están bombardeando Huesca desde esta madrugada. El cañoneo sigue durante toda la jornada sin interrupción. La caída de la capital mártir es inminente. Se toma el pueblecillo de La Granja, situado a las mismas puertas de Huesca. Por la noche veo parte del botín que se les ha cogido al enemigo; unos milicianos beben en el cáliz de la iglesia de La Granja. Se cerca más y más Monte Aragón, lugar estratégico para la toma de Huesca. Una vez ocupada la capital, quedará libre de bombardeos.

Corremos por las avanzadillas del frente de guerra que va de Tardienta a Vicién, constatando que ese frente es inexpugnable. Nuestra línea no retrocederá nunca. A unos kilómetros se extiende Almudévar, y acompañándonos de los prismáticos, podríamos distinguir a los fascistas si no estuviesen escondidos, dando con esto la impresión de una ciudad muerta. Pronto será nuestra también, como Belchite y como Quinto, estrechando el cerco a Zaragoza, que quedará asediada.

El frente está mejor organizado

El camarada Subías, que conduce el auto y que, empezando por Barcelona, ha luchado en todos los frentes, me llama la atención. Los milicianos están cada día mejor abastecidos y se nota una ordenación más perfecta en las columnas. Casi todos los milicianos visten decente y van bien pertrechados. La uniformidad del mono kaki, bajo los correajes nuevos, con sus cartucheras y mantas, causan una excelente impresión y se comprende que la lucha sea actualmente mucho más eficaz que los primeros días.

La columna 19 de Julio llegó a Tardienta y nos dió la impresión de la columna de un ejército moderno.

Falta mucho que hacer, no obstante. El control y distribución de víveres es bastante deficiente.

En todos los órdenes de las actividades humanas, y hasta en todas las leyes de la Física y la Mecánica, para un funcionamiento normal y un mayor rendimiento en los esfuerzos se hace indispensable una perfecta articulación y el juego matemático de los engranajes. Esa ley ha de aplicarse a las grandes masas humanas. Todo lo que se haga en el frente para lograr una mayor disciplina en los movimientos y una ordenación más perfecta de las actividades, será poco.

Debe también evitarse el ocio. El frente debe ser convertido en un centro de actividad y de viveza. Los días interminables de ociosidad debe dedicarlos el miliciano a la limpieza, al aseo personal, al ejercicio y, sobre todo, a fortificar la línea de fuego y las posiciones conquistadas. La suciedad y la holganza quebran la moral, causan una penosa impresión y deprimen el ánimo.

En el frente de Aragón mejora constantemente la situación en ese sentido. Es de esperar que se acentúe progresivamente.

En el campo de aviación

Quedamos maravillados de ver en el poco espacio de tiempo que se ha improvisado este campo de aviación. En él sólo faltan los hangares para los aparatos. Lo demás está completo. De tan rápida y perfecta ordenación se destaca el equipo de mecánicos especializados de la General Motors, con su maravilloso taller ambulante que hace al momento ajustes y reparaciones.

Asistimos al despliegue de los aviones que van a realizar el último bombardeo de la jornada sobre Huesca. En media hora vemos despegar nada menos que doce aviones de bombardeo, convenientemente pertrechados.

El comandante Royes, nervioso, delgado, con la tez quemada por el sol ardiente de Aragón, da las disposiciones precisas, que son cumplimentadas rápidamente.

Hablamos con él. A pesar de su carrera militar, domina a fondo los problemas no sólo de la guerra, sino los que la actualidad inquietante tiene planteados actualmente el país. Sus juicios son claros, certeros, y si no los transcribimos, es porque no es prudente su publicidad.

DOS DE LOS MILICIANOS MAS VIEJOS DEL FRENTE

Abandonamos fortalecidos el campo de aviación. En las postreras claridades del crepúsculo se destacan, camino de Huesca, los aparatos de bombardeo de esta aviación, que a no dudar pasearán un día nuestro triunfo por los cielos de España.

JUANEL

Religión

(De nuestro enviado especial al frente)

Hemos hecho una corta visita a Pina. Nos interesaba visitar este frente, al que todavía no habíamos tenido ocasión de acercarnos, ya que nuestra misión informativa nos había llevado por otros derroteros. Están también en este frente los amigos que nos son más afines y para los que la amistad se ha convertido en hermandad.

El camino que desde Bujaraloz nos lleva a Pina tiene la nota típica de color fuerte que da un ejército irregular desperdigado por el campo.

Compañeros sin camisa, con los pantalones cortados por encima de las rodillas, lucen una piel broncea por el sol abrasador de las estepas aragonesas. Con pedazos de sacos y lonas, han construído «chavolas» que, protegidas con ramaje, preservan de la fortaleza del sol y sirven de disimulo para la aviación. Como nota típica y decorativa, vemos aleteando alrededor de varias de estas barraquitas improvisadas, gallinas y patos que esperan pacientemente que les llegue la hora del sacrificio.

A cuatro kilómetros de Pina, pasamos por una ex ermita que todos los días intenta bombardear la artillería fascista, sin conseguirlo. Se ve que lo han tomado como ejercicio de tiro y quieren demostrarnos lo mal que lo hacen. Llegamos a Pina; un momento en el Comité de guerra, para saludar a los compañeros que lo componen, y, a continuación, una vuelta por el pueblo para inquirir algunos datos. Charlamos con uno de los guerrilleros que ya llevan varios días en el pueblo. Nos dice que aquella misma mañana ha bombardeado el pueblo, la artillería enemiga. Varias de las bombas no han estallado, pero nos enseña la metralla de una de ellas. Es un pedazo de Cristo. Es innegable que son unos buenos propagandistas de la fe. La utilización, por parte nuestra, de estos símbolos, hubiese parecido algo así como un escarnio. Hecho por ellos, la interpretación a darles es algo dura. Es que les falta metralla y se ven precisados a cargar las balas con lo primero que encuentran, o es que quieren civilizarnos con las mismas armas que hasta aquí lo han hecho los misioneros con los pueblos que ellos han calificado de salvajes.

Tomen todos nota

TIERRA Y LIBERTAD se ha establecido ya en su nuevo domicilio de Barcelona: Unión, 7. Nuevo número de nuestro teléfono: 34763.